

GONZALO CADAVID URIBE, *Oyendo conversar al pueblo*, Bogotá, Talleres de la Penitenciaría Central de la Picota, 1953. 393 págs.

Aunque el autor declara en el prólogo que no pretende hacer un estudio detallado y erudito del habla antioqueña y presenta su libro como un mero desahogo intelectual sin trascendencia ni valor científico, no hay duda de que es una contribución apreciable al conocimiento de nuestro lenguaje popular. Tiene, entre otros, el mérito de haber nacido, como se indica en la introducción, al contacto directo con el pueblo y de ser por ello una información de primera mano carente de los equívocos y aun absurdos que suelen cometerse cuando se pretende estudiar el lenguaje vulgar utilizando materiales recogidos por terceras personas. Es así como el señor Cadavid Uribe ha podido glosar autorizadamente, restableciendo su auténtica forma, muchas voces que aparecen desfiguradas en los léxicos más comunes de americanismos o colombianismos, y aumentar el conocimiento del vocabulario antioqueño con muchas expresiones que sin duda no eran aún conocidas por los estudiosos de estos temas. Muchos podrían ser los ejemplos de las afortunadas correcciones que esta obra contiene. Bástenos citar la voz *voltacarnela* que Santamaría registra como propia de Antioquia, pero que, como lo anota el autor que comentamos, no se oye en tal forma en el dominio lingüístico antioqueño.

Es de notar también la multitud de refranes, modismos, y hasta gracejos oportunos y salerosos que se coleccionan en este libro, y que, además del interés lingüístico que ofrecen, le comunican una nota risueña que lo convierten en lectura fácil y agradable, contra lo que sería de esperar de un simple registro lexicológico.

Como creemos que el entusiasmo del autor por el lenguaje popular no ha decaído, sino que por el contrario lo llevará a hacer nuevos aportes a su conocimiento, nos permitimos comunicarle algunas observaciones de lectores desprevénidos que quizás le sean de alguna utilidad en posteriores trabajos.

Encontramos en primer lugar que, quizás por las dificultades tipográficas en que hubo de editarse la obra, resulta muchas veces imposible, para quien no haya oído algunas voces, establecer su pronunciación. Tal es el caso de la palabra *butago*, que así, sin tilde en la *u*, deja al no conocedor sin saber cómo suena en realidad. Caso semejante es el de *engüetar*, *agüita*, por *engüetar*, *agüita*, y varios más. Además la ortografía demasiado apegada a las formas cultas puede inducir a confusión. Por ejemplo, *arreador* y varias otras que contienen la combinación *ea* y que nadie entre el pueblo pronuncia en tal forma. Si no se quiere reñir abiertamente con la ortografía corriente sería bueno escribir, además de la forma culta, la que le da la pronunciación popular.

La voz *caidizo* (por *caedizo*) tiene también una variante más popular: *cairizo*. Si se usa *cargadera(s)*, no en el sentido de 'cargador', pero sí en el de 'tiras de trapo con las que se sujetan los calzones a los niños,

cruzándose las por los hombros y sujetándose las a los pantalones por delante y por detrás'. La *talanquera* no es sólo el cercado de guadua, sino el que se hace con cualquier especie de madera y hasta el que la misma naturaleza nos ha hecho en la boca según la adivinanza popular: "Talanquera arriba, talanquera abajo; valiente talanquera pa'estarme dando trabajo". *Descacharse* o *escacharse* es no sólo 'decir cosas inconvenientes', sino 'sobrepasarse en cualquier cosa'. Registra el autor la acepción académica de *dieta* ('suelo que perciben los miembros de ciertas corporaciones') y olvida la popular de 'tiempo en que la mujer debe permanecer en cama por efectos del parto', y las expresiones correlativas 'estar de dieta', 'cumplir dieta', etc. *Petacón* designa no sólo al *barrigudo*, sino que es término familiar muy corriente para nombrar a los muchachos. *Pinche* significa, además de "galanura", 'odio, tirria, mala voluntad'; de donde resulta la expresión "pinchársela a alguien". Por eso un muchacho cuando llegan hasta sus padres quejas de su desaplicación y mal comportamiento en la escuela se disculpa invariablemente diciendo: "Yo sí estudio mucho y me manejo muy bien; lo que pasa es que ese maestro me la tiene pinchada". *Sapotear* (*sapotiar*) es, además de 'sacar miasas de un alimento', 'hacer un trabajo irregular en las faenas campestres, comenzando aquí, pasando allá, sin limpiar regularmente un tajo determinado'.

Hay temas que sugiere el volumen que reseñamos de un indudable interés para estudios más concienzudos que quizás el señor Cadavid Uribe querrá entregarnos más tarde. Tal la extraordinaria vitalidad del sufijo *-era, -ero*, y algunos otros que continuamente están originando nuevas voces.

Consideramos finalmente que el autor merece sinceros aplausos por su valiosa contribución al conocimiento de nuestro lenguaje popular.

JOSÉ JOAQUÍN MONTES.

RODOLFO M. RAGUCCI, *Neologismos de mis lecturas*. Buenos Aires, Edit. Coni, 1947-1951. 290 págs.

En esta obra el Padre Ragucci presenta a los estudiosos del lenguaje, y al público en general, un útil e interesante catálogo de voces nuevas. El Padre Ragucci ha agrupado en su primer volumen (creemos que continuará en la tarea de publicar su colección) alrededor de seiscientos cincuenta vocablos que se le han presentado con visos de novedad o que le han ofrecido alguna duda acerca de su reconocimiento oficial.

Por el título del libro, *Neologismos de mis lecturas*, comprendemos que se trata de una ordenación de dicciones cuyo uso no tiene aún aceptación por parte de la Academia y que estos términos han sido hallados en diferentes autores.